

## VII.

## ÚLTIMOS AÑOS DE KANT.

El extraordinario génio de este hombre, fortalecido por una inquebrantable fuerza de voluntad, excitado siempre por trabajos nuevos y á cual más difíciles, se conservó siempre activo y diligente en lo posible para un cuerpo enfermizo y agoviado por los años. Pero estaba este cuerpo agotado, y las fuerzas corporales se fueron debilitando rápidamente. Aperciéndose Kant de su propia caducidad, se habia retirado, desde 1797, de su cátedra, y fué poco á poco suspendiendo todas sus relaciones con la sociedad. Desde 1798 no acudió ya á ninguna de las invitaciones que tanto le halagaban antes, encerrándose en un pequeño círculo de amigos. De día en día se limitaba más la esfera de su vida y aumentaba el peso de sus años. Sin embargo, se ocupaba todavía de un trabajo original que designaba, frecuentemente, como su obra maestra, con esa preferencia que demuestra siempre el anciano por el último hijo que tiene. Debía exponer esa obra la transición de la metafísica á la física, y él mismo la titulaba *Sistema de la filosofía en su totalidad*. Hasta los últimos meses antes de morir escribió en ella con toda la asiduidad posible. Es lícito dudar del valor de esta obra, de sus nuevos pensamientos, del orden y método que en ella existe, aún sin haberla leído, al considerar el estado de debilidad en que su autor se encontraba y al pensar en las conclusiones á que él podia haber llevado su filosofía. No puede comprenderse qué pensamientos nuevos podían traerse dentro de una filosofía como la suya. Hombres competentes que han leído su extenso manuscrito ase-

guran que solo es la repetición de sus obras anteriores con el sello de la debilidad senil. Ese manuscrito se perdió, pero ha sido hallado de nuevo. Se ha pensado en su publicación, y las noticias que de él se dan confirman todo lo que se decia (1).

Lo que verdaderamente iba destruyendo á Kant no era una enfermedad especial, sino el marasmo con todos sus achaques. Estinguíase su memoria, aletargábanse sus miembros, vacilaban sus pasos; á consecuencia de esto disminuyó sus paseos, hasta que al fin los suprimió por completo. A lo último apenas podia tenerse en pié y necesitaba del apoyo y cuidado de los otros. A todo esto se unia una constante pesadez de cabeza que excéntricamente atribuía á la electricidad del aire, para hacer que sus sufrimientos fuesen producto de circunstancias, y no de su propia debilidad. Los sentidos fueron debilitándose, especialmente el de la vista; perdió el apetito y se puso tan débil, que no pudo ocuparse ya de sus asuntos, ni contar dinero, ni certificar sus cuentas. En su antiguo discípulo Wasianski halló por fortuna un amigo decidido que generosamente se encargó del cuidado de su casa. Kant experimentó todos los achaques propios de la senectud. El 24 de Abril de 1803 cuando ya habia cumplido setenta y nueve años, escribió estas palabras bíblicas que pocos como él pueden hacer suyas: «Segun la Biblia, dura nuestra vida setenta años, y cuando pasa, llega á los ochenta, y si tiene algun valor solo es el de la pena y el trabajo.»

(1) Dice Wasianski, que segun el juicio de Schulze, á quien Kant enseñó el manuscrito, era ese trabajo el comienzo de una obra que no podia redactar. Últimamente han discutido sobre el asunto las *Neuen-preussischen, Provinzial-Blaetter* y los *Preussischen-Jahrbuecher*. En fin, el que con más atención se ha ocupado de ese manuscrito y ha dado más noticias es Rudolf Reicke; segun éste, consta de cien pliegos, y respecto á su contenido está conforme su juicio con los anteriores.

No debía él cumplir los ochenta años. Después de un ataque agudo en Octubre de 1803, se repuso todavía por algunos meses. Las fuerzas le abandonaban cada vez más. Ya no podía escribir su nombre y olvidaba lo escrito. Las imágenes se borraban de su espíritu; las palabras más usuales faltaban á sus labios; no conocía ya á sus más íntimos amigos; su cuerpo, que él en broma solía llamar su «pobreza,» estaba seco como una momia. Estaba completamente harto y cansado de la vida. Al fin vino la muerte á sacarle de tan lastimoso estado, á 12 de Febrero de 1804. Si él hubiera vivido hasta el año siguiente, habría podido celebrar como *docente* de la Universidad de Koenisberg su quincuagésimo aniversario. Fué contemporáneo y súbdito de Federico el Grande, y sentíase con razón por su espíritu hijo legítimo de esa época. El primer escrito que publicó al entrar en la carrera académica, «*Historia general del cielo,*» lo dedicó al gran rey. Su obra más importante, la *Crítica de la Razon pura*, la dedicó al ministro Zedlitz. Entre las grandes figuras científicas de la época de Federico, es él la primera y la que con mejor derecho está al lado del mariscal en el monumento de Federico en Berlin.

En el espacio de su carrera académica, ¡cuántas variaciones extraordinarias en la historia del mundo! La guerra de siete años y sus gloriosos resultados, que elevaron á la Prusia al rango de las primeras potencias de Europa; la guerra de la independencia americana; las sacudidas de la revolución francesa, que en el último año de nuestro filósofo termina su primer período después de tantas transformaciones y pasa de su última forma republicana bajo el consulado al absolutismo del imperio. No fué Kant un espectador ocioso de todos estos acontecimientos. Después de sus estudios filosóficos, nada le interesaba tanto como la historia política del mundo. Seguía su curso con el más vivo interés. Abrazó la causa

de América contra Inglaterra con la más viva simpatía, y aun con más calor se interesó por la revolución francesa. La estrella de Federico el Grande se elevaba cuando Kant comenzó sus estudios académicos. Y terminaba aquella su brillante carrera precisamente cuando había empezado Kant la suya. Los últimos años de nuestro filósofo vieron también levantarse la de Napoleón.

Murió antes de que la dominación extranjera cayese sobre el suelo alemán y de la guerra de la independencia. Pero el espíritu de su filosofía estaba con la causa alemana, y Kant, que con tanto interés había visto fundarse la independencia de otras naciones extrañas, hubiera sido, sin duda alguna, uno de los primeros en defender la libertad de su propia patria contra el humillante yugo del extranjero.

Kant tenía una antipatía decidida á la guerra como tal, y lo que particularmente excitaba su interés eran las reformas de los Estados y de sus Constituciones, hechas y basadas en ideas de justicia. Sus opiniones políticas particulares fueron determinadas en parte por los acontecimientos que él presenció, y no se interpretarán en sujeción á su particular matiz ni en sus características contradicciones si no se tiene presente la gran influencia que ejercían aquellos acontecimientos y la excesiva sensibilidad de Kant para todas estas cosas. El gobierno prusiano bajo Federico el Grande, la independencia americana, conquistada y fundada por Washington, y la Francia de 1789 ejercieron gran influjo en las ideas políticas de nuestro filósofo. Sus mayores simpatías eran para el Estado de Federico, y sus antipatías para Inglaterra. Defendía con entusiasmo la idea primitiva de justicia de la revolución francesa y este fué durante largo tiempo el tema favorito de sus conversaciones. Toda la tolerancia que tenía siempre con las opiniones opuestas á las suyas, desaparecía al tratar este último punto. La

mejor Constitucion para él, era aquella que á la mayor libertad uniera la legalidad mayor, pues entendia que sin esta condicion no es posible justicia alguna. Si la revolucion francesa le atraía poderosamente por sus ideas de justicia, la rechazaba también decididamente por la anarquía en que toda revolucion termina.

## VIII.

## PERSONALIDAD DE KANT.

Los dos rasgos fundamentales del carácter de Kant que se señalan hasta en las más pequeñas particularidades y que en él se unen y completan de una manera extraordinaria, son el sentimiento de la independencia personal y el de la puntualidad más rigurosa. Añadamos á esto la penetracion del pensador y advertiremos que la filosofía crítica no podia hallar otro carácter que mejor conviniera á su fundador. Aquellos dos rasgos son las virtudes cardinales del carácter de Kant que constantemente se manifiestan, así en las cosas grandes como en las insignificantes, hasta un grado tal, que como no podia ménos de suceder en semejante naturaleza, pasan de los límites naturales. Por espíritu de independencia pudo llegar á ser rigorista y por el de la regularidad, pedante. Procedia siempre consigo mismo bajo el punto de vista racional y ordenaba y regularizaba su vida como si se tratase de la misma razon pura.

Como filósofo, investiga las últimas condiciones del conocimiento humano y saca de aquí los principios que fundan y limitan nuestro saber. Como hombre, pone siempre su vida bajo el imperio de principios que ha establecido rigurosamente. El verdadero fin de la filosofía kantiana es someter todo acto de entendimiento á prin-

cipios sabidos con toda claridad y acompañar todo juicio con la conciencia perfecta de su posibilidad y necesidad. Del mismo modo la regla y plan de su vida es someter á principios claros y sabidos todos los actos de la vida y acompañar cada uno de ellos con la conciencia perfecta de su justicia. No hacer nada que sea contrario á su fin, determinar toda accion segun su finalidad y con la conciencia de esta realizarla, es para él una necesidad tan natural como moral, que no puede ménos de satisfacer en todos sus puntos siempre y en todas partes. En su filosofía y en la vida práctica es siempre el hombre de principios. Jamás hubiera sido el filósofo que fué, si también no hubiera sido, aún en todas las pequenezes de la vida, el hombre que supo ser. En esto consiste la independencia y regularidad de su vida. Es independiente porque se apoya en sus propios principios, y metódico porque obra con arreglo ellos.

La independencia personal, en el verdadero sentido de la palabra, no pudo adquirirla muy fácilmente nuestro filósofo, y tuvo necesidad de largos y constantes esfuerzos. El grado á que logró llevarla nos dá una idea de toda la fuerza de su carácter. De quebrantada salud, que habia de ser causa frecuente de perturbaciones en sus trabajos; de pequenísimas fortunas, que no le permitia, en manera alguna, una vida independiente, hállase Kant, desde el primer momento, en la necesidad de depender de otros por esos dos lados. Ante todo, pues, tenia que adquirir bienestar físico y económico para asegurar su independencia y la libertad de su espíritu.

1.—*Independencia económica.*

Kant sacrificó su deseo predilecto de vivir en Koenigsberg para poder vivir de sí mismo, y no del auxilio de